

orden social, del político y del moral; la facultad de Leyes, que comprendía el Derecho romano, el Canónico y la Legislación de la Península. La Facultad de Medicina no se estableció al fundarse la Universidad, sino hasta 1578, habiendo sido su primer catedrático D. Juan de la Fuente.

Cedemos voluntariamente el puesto para que emita parecer sobre la enseñanza universitaria al señor García Icazbalceta. Dice así:

«Dados, pues, tales antecedentes, claro se ve que la enseñanza de la Universidad debía ser esencialmente escolástica: tenemos, además, prueba de ello en el nombramiento de Fray Alonso de la Veracruz para una cátedra de Santo Tomás. Personas hay, y no pocas, á quienes el nombre de escolasticismo no inspira más que aversión ó desprecio, aun cuando no se hayan tomado el trabajo de saber qué es lo que desprecian. Olvidan que «el reirse con demasiada facilidad suele ser una prueba de ignorancia.» La Filosofía escolástica, solamente rehabilitada hoy en la persona de uno de sus más ilustres maestros, ha contribuido quizá más que ninguna otra disciplina humana al desarrollo de la inteligencia, y en su largo reinado de siglos, ostenta nombres que ninguna otra escuela ha logrado igualar con los suyos. Provista siempre de una luz superior, puede levantar el vuelo sin temor de caer en los lamentables extravíos de la razón humana, que tan aflictivos espectáculos suele presentarnos. Mas como todo se extravía y corrompe en manos de los hombres, la poderosa dialéctica del escolasticismo vino á convertirse en un necio afán de disputas, sostenidas en pueriles y vacías argumentaciones que causaron su descrédito, no poco aumentado por el ciego empeño de sostener el principio de autoridad en materias de suyo opinables y sujetas al examen de los sentidos. La dificultad de aquellas intrincadas doctrinas llegó á ser tanta, que raro entendimiento había bastante vigoroso para encontrar salida al laberinto: entonces, por una reacción forzosa, se llegó á sacudir del todo el saludable freno de la autoridad, hasta en donde más necesario era, y dejados á sí mismos los juicios de los hombres, vienen dándonos los tristes resultados del más alto orgullo, aliado á menudo con la instrucción más superficial.»

«Al desarrollarse el movimiento contra el escolasticismo, bien conocieron muchos de los sostenedores de esa antigua filosofía el lado vulnerable del sistema, y preveían que una vez abierta la brecha y apoderado de la plaza el enemigo, no se limitaría á corregir lo malo, sino que derribaría todo. La generalidad de los escolásticos adoptó el partido de la defensa á todo trance: pero algunos hubo que sin abandonar, ni con mucho, el campo, conocieron que la reforma era indispensable; si bien la autoridad de la doctrina, su inmediata conexión con las verdades religiosas, las profundas raíces que había echado, y el temor de extraviarse, ó de exponerse, cuando menos, á la nota y censura de los suyos, los hizo obrar con sobrada timidez.» (Obras de García Icazbalceta, tomo I, págs. 211 á 213).

Tal es el primer cuadro que nos proponíamos trazar; él muestra la ciencia docente tal como era enseñada en el siglo xvi, en las más autorizadas de nuestras aulas. Tracemos ahora el cuadro complementario, en que apoyándonos en el mismo erudito escritor, presentemos la ciencia tal como la practicaban y la escribían los sabios. Elegiremos médicos, pues el ejercicio de esta profesión requiere conocimientos numerosos y variados.

*A tout seigneur tout honneur.* Comencemos con el doctor Pedro López, uno de los más afamados del siglo, que, aunque nada escribió, debe citarse en primer término por su larga, y, al parecer, acertada práctica; así como por su caridad, y por los hospitales que fundó.

Según el señor Icazbalceta hubo dos médicos de este nombre: el primero, figura como médico de Cortés desde 1524, y acompañó al conquistador á las Hibueras. Regresó á la ciudad de México, después que se le hubo creído muerto, como á todos los de aquella funesta expedición; fué el primero que tuvo el título de protomédico de México, habiéndole con ese carácter recibido el Ayuntamiento, en cabildo de 11 de Enero de 1527. Se le hizo merced de un solar en la calle de la Perpetua, donde fabricó una casa suntuosa. Cervantes de Salazar, que escribía en 1554, menciona esta casa, y se expresa de su dueño en los términos siguientes: «Estas casas fueron del doctor López, médico muy hábil y útil á la República.» Rectamente infiere de estas palabras el señor Icazbalceta, que este Pedro López había fallecido ya el año citado.

El segundo de este nombre, más célebre que el primero, no fué hijo de éste, pues nació en 1527, en

la villa de Dueñas, en Castilla, época en que estaba en México el primer López. Este segundo, que fué el bienhechor y filántropo, recibió en la ciudad de México con mucha pompa el grado de doctor en 1553, ejerció la medicina con aplauso de todos y fué señalado por sus virtudes, entre las cuales descollaba la caridad. En el prólogo de los Estatutos de la Universidad se dice que era tan docto como dado á la caridad; fué más de cuarenta años médico del convento de Santo Domingo; en 1572, fundó el hospital de San Lázaro, y diez años después el de San Juan de Dios, estableciendo allí una sala de niños expósitos. Murió de muy avanzada edad en el hospital de San Lázaro, en donde se había retirado completamente del mundo. El señor Icazbalceta le consagra las siguientes líneas:

«Grata debe sernos la memoria del caritativo doctor Pedro López, por haber sido el primero que fundó entre nosotros un asilo para esos seres desvalidos, más de sesenta años antes de la memorable asamblea en que el glorioso San Vicente de Paul los puso bajo la protección de las primeras damas de París, y casi dos siglos antes de que el ilustrísimo señor arzobispo Lorenzana inmortalizase su nombre con la creación del establecimiento de que hoy goza la capital. Y sin embargo, ni una estatua, ni un monumento, ni una triste inscripción recuerdan al pueblo lo que debió á aquel doctor caritativo: ningún asilo de la desgracia lleva su nombre: usurpanle tal vez otros que aumentaron los males de la humanidad, lejos de aliviarlos, y la memoria del doctor López apenas se conserva en vetustas crónicas que nadie lee. Así cuida México de sus verdaderas glorias. Nada importa el olvido al benéfico doctor; él no trabajaba por ese poco humo que se llama gloria mundana: á premio más alto aspiraba, y le habrá conseguido; á nosotros importaba mucho más mostrarnos agradecidos y provocar con nuestros homenajes la imitación de virtudes, no de vicios.» (Obras de García Icazbalceta, tomo I, pág. 87).

Si Pedro López fué notable por sus virtudes, por su gran ciencia y los preciosos materiales con que contribuyó al adelanto del saber, merece también la gratitud de la posteridad el ilustre doctor Francisco Hernández, natural de Toledo, donde nació hacia 1517. Era médico de cámara de Felipe II, y el monarca español le envió á Nueva España para escribir la Historia Natural del país en sus relaciones con la medicina. Llegó á México por Septiembre de 1570, trabajó siete años consecutivos en el desempeño de su comisión, haciendo penosos viajes y consumiendo su salud.

Aunque se ha creído que Felipe II le proporcionó con munificencia los fondos necesarios, las cartas del doctor al monarca, publicadas recientemente, muestran lo contrario. No se le abonaba más que un corto sueldo, nada se le ministraba para sus viajes y otros gastos que exigía su comisión; y, sin embargo, se consagró á ella con el mayor desprendimiento, renunciando al ejercicio de la medicina, y dejando de ganar (dice en una carta al rey) más de 20.000 pesos.



D. Joaquín García Icazbalceta

Describía y sacaba dibujos de las plantas y animales de Nueva España, hacía experimentos en los hospitales con medicamentos indígenas, y excitaba á los médicos para que se entregaran á estudios parecidos. Llevó á España su obra en 1577: se componía de diez y seis volúmenes de texto y estampas iluminadas sobre historia natural, y otro más sobre costumbres y antigüedades de los indios.

Inútil fuera encarecer el gran servicio que este hombre ilustre prestó con esto, no sólo á la ciencia nacional naciente, sino á la ciencia del mundo entero, labrando materiales tan preciosos, frutos de la observación y la experiencia, y adelantándose en mucho á su época. Por desgracia, la incuria de los tiempos malogró tan inestimable y laborioso trabajo, que estuvo á punto de perderse del todo.



Doctor Gregorio López

Refiere el señor Icazbalceta que, en vez de imprimir luego tan útil obra, se la sepultó en la biblioteca del Escorial, con mucha pompa, eso sí, pues, según el licenciado Porreño, los libros fueron lujosamente encuadernados, cubiertos de cuero azul, con labrados de oro y manezuelas, cantoneras y bullones de plata, muy gruesos y de excelente labor y artificio. Mas tanto lujo no impidió que la obra fuera consumida en el grande incendio del Escorial en 1671, sin que se salvaran más que algunos dibujos, que por su mérito hicieron comprender el enorme valor de lo que se había perdido, y sentirlo más.

Por fortuna, poco después de la muerte del autor, Felipe II había encomendado á otro de sus médicos, el italiano Recchi, que compendiará la obra de Hernández. Así se hizo, mas el compendio quedó inédito como la obra grande, y se hubiera perdido, quizá, si el príncipe Federico Cesi no hubiera adquirido el manuscrito. Este ilustre prócer había fundado en Roma, en 1603, la Academia dei Lincei, la

más antigua de Italia, y que tuvo la honra de contar á Galileo entre sus individuos. Cesi publicó la obra á sus expensas, y los académicos la ilustraron con notas y adiciones; se imprimió en 1628, con el título de *Rerum Medicarum Novæ Hispaniæ Thesaurus*, en un grueso tomo in folio con figuras de plantas y animales grabadas en madera.

Mencionemos á un humilde lego de Santo Domingo, de México, que sin el auxilio de príncipes ni academias, se ocupaba en dar á conocer al mundo los trabajos de Hernández, publicando el compendio de Recchi en México el año de 1615, después de traducirlo al castellano (Hernández había escrito su magna obra en latín) y de haberlo hecho revisar por el doctor Francisco Valle; el nombre de este lego, muy digno de pasar á la posteridad, era Francisco Jiménez. La obra se compone de cuatro libros; los tres primeros tratan de las plantas, y el cuarto de los animales y minerales.

Citemos otro tipo de médico singular: el venerable varón Gregorio López, no merece esta distinción como autor de un libro llamado *Tesoro de Medicina*, que no es más que una copiosa compilación de rece-

tas y fórmulas extravagantes; se nota, sin embargo, en ella un detalle curioso, que indica la originalidad y osadía con que el arte de curar se iniciaba en la nueva colonia. Hablando el autor de las propiedades estupefacientes de la mandrágora, dice: «Razón y sentidos suspensos por tres horas; suelen usar los médicos de este arbitrio cuando han de cortar ó cauterizar algún hueso ó miembro.» El señor Icazbalceta infiere de estas palabras que en México se intentaba ya la anestesia en el siglo xvi por el uso de la mandrágora.

La fama que alcanzó Gregorio López, decíamos, no se debe á su libro, sino á su amor á la vida eremítica y retirada. En esa época de fe profunda, de intenso colorido, de vigorosos ideales, era común que los hombres se sintieran vivamente impelidos, ya á la actividad, ya al retiro. Nuestro doctor se aficionó á esto último, buscó la soledad en la espesura de las selvas, en la aspereza de remotas serranías, viendo llegar el fin de sus días en 1596, en el quieto recinto del hospital de Santa Fe.

El vivo sentimiento religioso de la época se revela también en el cirujano Juan Unza, que por un contraste, no raro en esos días, entraba al bien por la puerta del mal por obra de un profundo arrepentimiento. Había perpetrado en España un homicidio, y se retrajo al hospital de Nuestra Señora de Guadalupe, en Extremadura, adquiriendo en aquel retiro los conocimientos de su arte. Anhelaba expiar su delito padeciendo el martirio, y pasó á Nueva España, tomando el hábito de lego en el convento de San Francisco de México. Después de ejercer su profesión por caridad muchos años, y ya viejo, determinó ir á Filipinas, pero la muerte le atajó el paso, y nuestro cirujano falleció en Acapulco el año de 1581. Se cuenta que, cuando moría alguno de sus enfermos, se azotaba por la noche más de lo que acostumbraba, queriendo purgar la falta en que pudo haber incurrido, omitiendo ó descuidando algo.

Es muy digno de nota, para la Historia de la Medicina mexicana, que en el siglo xvi se practicaran con cierta frecuencia autopsias, para averiguar la naturaleza y lesiones de las enfermedades; el hermano Alonso López, que fué durante catorce años médico del Hospital Real de Indios, para determinar la naturaleza del cocolixtli, en la epidemia de 1576, hizo muchas autopsias. López fué autor de una *Suma y Recopilación de Cirugía*, dividida en diez libros y más de doscientos capítulos. Del doctor D. Juan de la Fuente, primer catedrático de Medicina en la Universidad de México, se refiere que, en la gran peste de 1576, convocó á todos los médicos, y en presencia de ellos hizo la autopsia de un indio, de los muchos que sucumbieron á la enfermedad.

El doctor Cárdenas, en su *Tratado de problemas y secretos maravillosos de las Indias*, que se imprimió en 1591, en las prensas de Pedro Ocharte, trata cuestiones de carácter enciclopédico, que no se limitan ya á los conocimientos médicos. No olvidemos mencionar al padre Agustín Falfán, agustino, que fué el primer mexicano que imprimió un tratado de medicina, del cual se hicieron cuatro ediciones, lo cual demuestra el aprecio con que fué recibido el libro.

La sombra sirve para realzar y aquilatar los encantos de la luz; presentemos, por tanto, en breves líneas el reverso de la medalla, pues no todos los médicos de aquella época habían de ser, como bien se colige, ni virtuosos ni eruditos. Así lo prueban las disposiciones y acuerdos del Ayuntamiento para impedir abusos en el ejercicio de una profesión que, según la mano que la ejerza, podrá producir mucho bien ó mucho mal. En 3 de Febrero de 1531, el maestro Diego de Pedraza era nombrado fiscal de los médicos, cirujanos y ensalmadores, y en general de «los que curan y matan de enfermedades.» Más tarde se tasaba en un tostón el precio de cada visita, porque se cobraban honorarios excesivos; los charlatanes abundaban en aquel entonces, como no escasean en nuestros días: se habla de un tal Murcia, boticario y barbero; de un cirujano, que, según Bernal Díaz, había venido con Narváez, y le curó el ojo, que le quebraron la noche de su prisión; el tal se llamaba maestré Juan; se habla también de un Juan Catalán, que si no curaba las heridas, las santiguaba y ensalmaba.

Esperamos que baste lo asentado para dar una idea cabal del estado de la ciencia mexicana en el siglo xvi, lo cual constituye lo que hemos llamado faz inicial ó primitiva de nuestro movimiento intelectual.